

tés aun se hallaba en su campamento de Tzompachtepetl, estando presentes los enviados de Tlaxcala que vinieron á tratar de la paz: dos de los embajadores mexicanos volvieron á Méjico con la respuesta, y los otros acompañaron á Cortés, quien los llevó consigo para que fuesen testigos de su entrada triunfal en Tlaxcala, y del festivo y pomposo recibimiento que en aquella ciudad se le hizo. De este modo aquel hombre extraordinario en cinco meses de residencia en el país, se habia hecho dueño de toda la parte de él, que se extiende desde la costa de Veracruz hasta las inmediaciones de Puebla.

Cortés no hacia alteracion alguna en el órden administrativo de los pueblos sometidos á su autoridad. Los caciques continuaban gobernando con las mismas facultades que hasta entónces habian tenido, y la variacion de dominio solo consistia en los auxilios de víveres y *tamemes* ó cargadores que daban á Cortés, y en las tropas que de cada uno de estos puntos recogia. El nuevo órden de cosas no se dejaba conocer mas que en la cesacion de los sacrificios humanos, y esta circunstancia hacia sin duda mas fácil el tránsito bajo la nueva dependencia, cuando esta se hacia apenas sensible, dejando subsistir el gobierno local á que estaban los pueblos acostumbrados. En Tlaxcala no se hizo tampoco mudanza alguna en este punto, y el senado ó reunion de caciques que egercia la autoridad suprema, pudo considerarse tan libre como lo era ántes de someterse á la corona de Castilla. En punto á religion Cortés quiso proceder desde luego al esta-

blecimiento del cristianismo, á cuyo fin aprovechó la ocasion que le presentaba el ofrecimiento que le hicieron los gefes de la república, de estrechar sus relaciones de amistad por el enlace de sus hijas con los conquistadores. Cortés les expuso que esto no podia verificarse, ni su amistad podia considerarse sólidamente establecida, mientras difiriesen en un punto tan esencial como la religion: explicó entónces con el fervor de un misionero los principales dogmas del cristianismo; pero aunque fué escuchado con atencion, su discurso no produjo todo el fruto que se prometia. Los tlaxcaltecas, reconociendo que el Dios de los cristianos era una divinidad muy poderosa, proponian admitirlo entre los dioses de la república, sin dejar por esto el culto de estos, de la misma manera que lo hacian los griegos y los romanos, siendo en este punto muy fácil el politeismo en todas partes. Cortés, hallando esta resistencia, queria proceder á los mismos extremos que en Cempoala, derribando los ídolos por la fuerza; pero en esta vez como en otras, detuvo su celo imprudente el P. Olmedo, persuadiéndole no solo la inutilidad de derribar los ídolos materiales mientras no desarraigaba de los espíritus la creencia en ellos, sino tambien el peligro en que se ponía por semejantes actos de violencia, enmedio de un pueblo apenas sujeto todavía, y que habia dado tantas pruebas de valor. Cortés cedió á la fuerza de estas razones que apoyaron los principales capitanes, y este incidente es una de las muchas pruebas que presenta la historia de la conquista de que Cortés no procedia hi-

pócritamente al establecimiento del cristianismo, como lo han acusado algunos escritores extranjeros, considerando la creencia que introducía como un medio de dominio, ó como cosa enteramente secundaria en sus designios, pues si así fuese no habría querido poner en riesgo en Tlaxcala, lo que tanto trabajo le había costado ganar. Se dejó pues por entonces este intento, contentándose Cortés con impedir los sacrificios humanos, poniendo en libertad á los desgraciados que para ellos estaban presos en jaulas de madera, y con llamar la atención de los tlaxcaltecas hácia la pompa con que se hacían las ceremonias del culto católico en su cuartel. Las hijas de los caciques fueron recibidas y bautizadas. Una de ellas, hija del anciano Jicotencatl, padre del general del mismo nombre, recibió el de Doña Luisa y fué dada á Pedro de Alvarado, á quien los indios llamaban *Tonatiuh*, esto es *Sol*, por lo rúbio de sus cabellos, y como eran muy inclinados á dar sobrenombres por cualquiera circunstancia accidental de la persona, llamaban á Cortés *Malintzin* ó *Malinche*, porque tenía frecuentemente á su lado á Doña Marina, como su intérprete. La descendencia de Alvarado y de esta Doña Luisa se enlazó despues en España con la familia de los Duques de Alburquerque.

Entre tanto los embajadores de Moctezuma que habían permanecido con Cortés, se esforzaban en persuadirle que no entrase en alianza con los tlaxcaltecas, invitándole á pasar á Cholula, ciudad que solo dista seis leguas de aquella. Los tlaxcaltecas por

el contrario, enemigos antiguos de los de Cholula, consideraron esta invitacion como sospechosa, y procuraban disuadir á Cortés de tal designio. Cholula era entonces ciudad de grande importancia y podia ser considerada como la Roma del Anáhuac: tal era el número de los templos y la veneracion con que se veía el que estaba consagrado á Quetzalcoatl, cuya misteriosa mision ha dado motivo á tantas indagaciones y que el padre Mier cree haber sido el Apóstol Santo Tomás, fundando su sistema en muchas razones muy ingeniosas. Este templo es la pirámide que se conserva hasta el dia, con una hermita de nuestra Señora de los Remedios en su plataforma superior, y es uno de los restos mas prodigiosos que nos quedan de la antigüedad pagana.

Entre las diversas embajadas de diversas partes que Cortés recibió en las tres semanas que permaneció en Tlaxcala, hubo una que llamó altamente su atención. Esta fué la que le mandó Ixtlilxochitl, hijo de Nazahualpilli rey de Tezcucó, quien habiendo disputado la corona á su hermano mayor Cacama, había obtenido una parte del reino, y conservando siempre en su pecho sus ambiciosos proyectos, creía haber encontrado ocasion de realizarlos con la venida de los españoles. Con este fin ofreció sus servicios á Cortés, quien se condujo con la política que él mismo describe con motivo de las rivalidades entre megicanos y tlaxcaltecas, „Vista, dice á Carlos V, la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podria tener mane-

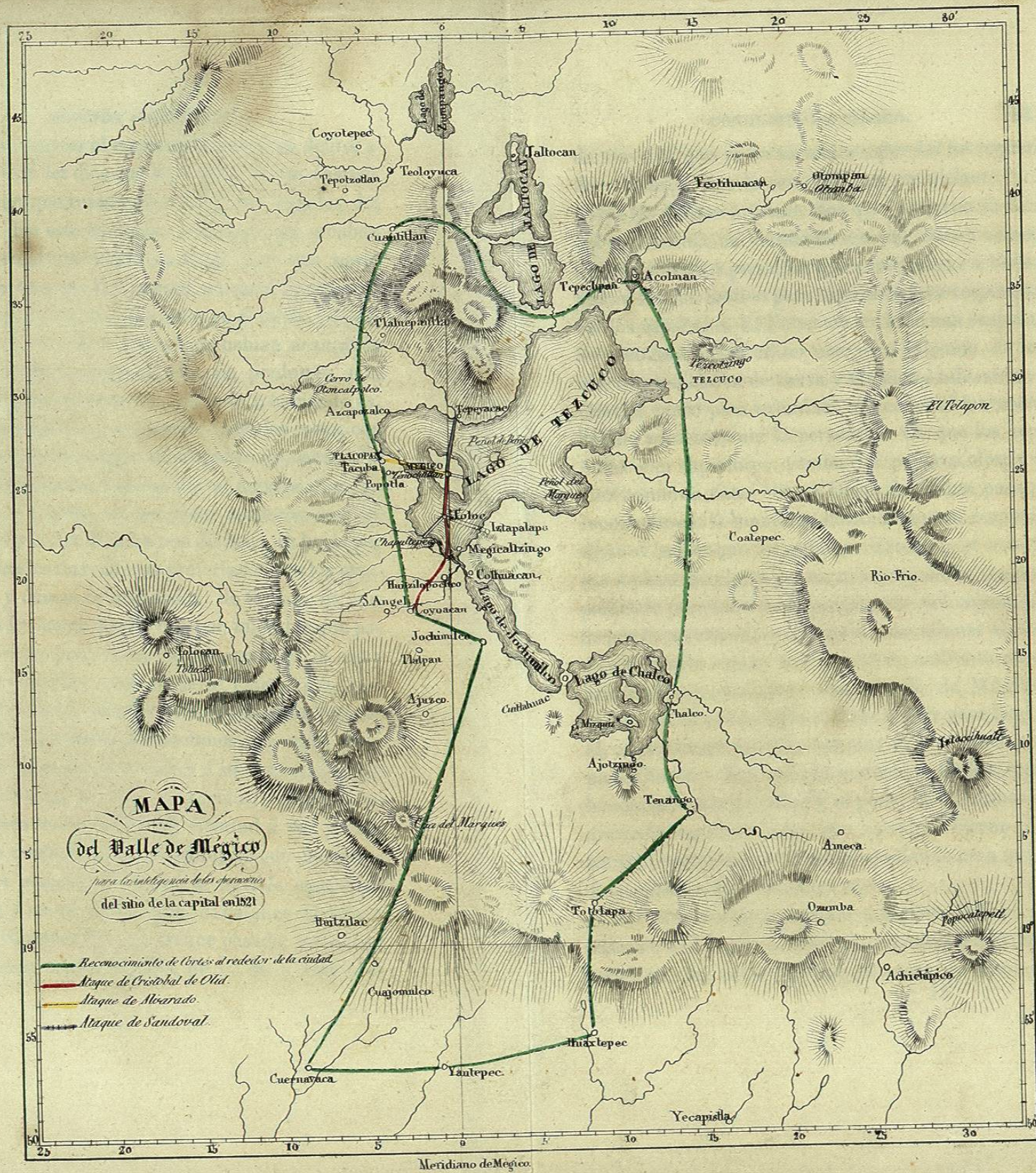
ra de mas aina sojuzgarlos, y con los unos y con los otros maneaba y á cada uno en secreto le agradecia el aviso que me daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro.”

Decidida la marcha á Cholula, los tlaxcaltecas ya que no pudieron disuadir á Cortés de verificarla, le instaron para que les permitiese acompañarle en gran número; pero Cortés no quiso que le siguiesen mas que seis mil hombres. En Cholula fué recibido con las mas grandes muestras de amistad y consideracion; pero á poco se comenzaron á observar señales indefectibles de algun secreto plan que se tramaba contra los españoles, del cual tuvo Cortés noticia cumplida por la comunicacion que hizo á Doña Marina la muger de uno de los caciques que habia trabado mucha amistad con ella. El plan venia de la corte de Méjico y habia sido combinado por los embajadores megicanos que acompañaban á Cortés, con quienes se habian puesto de acuerdo otros enviados recientemente venidos de la capital, de que Cortés no habia tenido conocimiento. Lo que se intentaba era atacar á los españoles á la salida de la ciudad, cuyas calles habian sido cortadas con estacadas ocultas, para hacer caer en ellas á los caballos, al mismo tiempo que de las azoteas vendria sobre ellos una lluvia de piedras y armas arrojadas, de que se habia hecho gran provision, entrando á la vez el ejército megicano, que estaba acampado en las inmediaciones. Tenian por tan seguro el éxito, que de antemano habian dispuesto sacrificar en Cholula una par-





te de los prisioneros, y conducir á Méjico con el mismo objeto todos los demas.

Cortés, descubierto el plan, trató de tomar tales medidas que no solo le sacasen de la difícil situacion en que se hallaba, sino para dar un golpe que convenciese, que si los españoles no podian ser vencidos en el campo de batalla, tampoco podian ser sorprendidos por pérfidos artificios. Por medio de algunos sacerdotes de los ídolos, á quienes con presentes hizo descubrir mas completamente la trama, citó á los principales caciques á sus cuarteles, para anunciarles su próxima partida, y pedirles dos mil hombres para llevar su artillería y bagages. Llamó en seguida á los embajadores megicanos, á quienes manifestó tener descubierto todo el plan de la conspiracion, y que atribuyéndose ésta al emperador su amo, debia ya tratarle como enemigo y marchar como tal contra su capital. Los embajadores sorprendidos se esforzaron en disculpar á su gobierno, imputando todo á los caciques de Cholula, con lo que Cortés les ofreció que castigaria severamente el desacato de acusar al emperador de una falta tan grave contra las leyes de la hospitalidad. La noche se pasó en continuos temores de un ataque repentino; pero á la mañana siguiente se presentaron los caciques trayendo un número mayor de hombres que el que se les habia pedido. Se hace entrar á estos en un patio grande del edificio en que estaban acuartelados los españoles, y Cortés llamando aparte á los caciques les echa en cara su perfidia, y ellos se escusan con las órdenes de Moctezuma: Cortés les reprende el

atentado de imputar al emperador su propio delito, y con aire severo les dice que hará por ello un castigo tan egemplar, que resonará en todos los ángulos del Anáhuac. En este momento se dispara un arcabuz que era la señal convenida: un fuego vivo que parte de todas las azoteas del cuartel, aniquila en un instante á los que estaban encerrados en el patio, al mismo tiempo que los tlaxcaltecas que habian acampado fuera de la ciudad, entran en ella sin perdonar mas que á las mugeres y á los niños, matando, ó haciendo esclavos á los hombres, y saqueando todas las casas, con el furor con que se vengán inveterados agravios. La obra de la desolacion caminó de tal manera, que segun el mismo Cortés, en dos horas murieron mas de tres mil hombres. La distribucion del botin se hacia por sí misma, pues los tlaxcaltecas preferian tomar los muebles, ropas y demas comodidades de la vida de que su pobreza les habia hecho carecer, mientras que para los españoles presentaba mayor atractivo el oro y la plata que tomaban como su parte. Cortés puso término á la matanza, y ofreciendo el perdon por lo pasado, dió libertad á dos de los caciques que tenia detenidos, y por su medio hizo volver á sus casas a los habitantes que habian huido despavoridos, y persuadiendo á los tlaxcaltecas que diesen libertad á sus prisioneros, hizo tambien cesar la enemistad que habia entre los dos pueblos. Tal fué la terrible egecucion de Cholula y no es extraño que, como dice Cortés á Carlos V "despues de este trance pasado, todos han sido y son muy ciertos vasallos de V. M. y muy obe-



MAPA
del Valle de Mexico
para la inteligencia de las operaciones
del sitio de la capital en 1521

-  Reconocimiento de Cortes al rededor de la ciudad.
-  Ataque de Cristobal de Olid.
-  Ataque de Moctezuma.
-  Ataque de Sandoval.

dientes á lo que yo en su real nombre les he requerido y dicho, y creo lo serán de aquí en adelante."

En los quince ó veinte dias que permaneció Cortés en Cholula, un fenómeno natural vino á aumentar los siniestros presagios que contristaban á los habitantes, y fué motivo para inspirar mayor respeto hácia los españoles. El Popocatepec hizo una erupcion, levantándose de su cráter una gran columna de humo, con temblores de tierra y bramidos subterráneos. Cortés, tanto para examinar de cerca el fenómeno, cuanto para sostener la persuasion de que los españoles eran superiores á todos los peligros, despachó diez hombres, entre ellos á Diego de Ordaz, para que reconociesen la montaña, llevando en su compañía algunos indios que los guiasen. Estos no se atrevieron á pasar de cierto punto, ni los españoles tampoco pudieron por entonces llegar á lo alto del volcan, tanto por la mucha nieve que no dejaba afirmar el paso, cuanto por la ceniza que caía; pero pudieron descubrir desde aquella altura todo el valle de Mégico, y reconocer el camino que debian seguir para llegar á él, cuyo reconocimiento fué muy útil y satisfactorio para Cortés. Esta proeza mereció á Ordaz que se le concediese por Cárlos V el poner en sus armas una montaña lanzando fuego, que ha sido el blason de su familia establecida en Puebla, en donde creo que todavía quedan descendientes suyos.

Resuelto Cortés á marchar á Mégico, Moctezuma hubo de ceder á la necesidad, y consintiendo finalmente en ello, envió muchas personas de distincion

que le acompañasen y dirigiesen en el viage, disculpándose del suceso de Cholula, que atribuyó á los habitantes de aquella ciudad. Por el reconocimiento que Ordaz habia hecho desde el Popocatepec, Cortés determinó pasar por entre los dos volcanes, no obstante las instancias que los embajadores megicanos le hacian para que tomase otro camino; pero despues del suceso de Cholula se recelaba de todo lo que se le proponia por los megicanos, temiendo caer en nuevas acechanzas. Hizo la primera marcha á Huejocingo, donde fué muy bien recibido, pues aquella república habia reconocido ya el dominio de los reyes de Castilla, y por Ameca, Cuitlahuac, ahora Tlagua, y Colhuacan llegó á Iztapalapa. Grande y maravilloso era el golpe de vista que se presentaba á los españoles al bajar la cordillera de montañas que cierra por el Oriente el hermoso valle de Méjico: en el centro de éste se descubrian los lagos, mucho mas extensos que ahora, cuyas márgenes estaban ocupadas por grandes poblaciones, y en el centro se levantaba la gran Tenochtitlan, como cabeza y señora de todas. Diversas calzadas formaban la comunicacion entre la ciudad y las riberas de las lagunas, y una inmensa muchedumbre de canoas flotaba en estas, conduciendo de una á otra parte los víveres y todas las demas cosas que animaban un tráfico muy activo, y toda esta magnífica escena estaba iluminada por la clara y hermosa luz de uno de los dias de otoño, en cuya estacion la atmósfera megicana tiene mayor pureza y diafanidad.

Tal fué la impresion que este espectáculo produjo en los espíritus, que Bernal Díaz que escribió muchos años despues, esclama: "¡agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó!"

Moctezuma habia mandado á encontrar á Cortés al camino á su sobrino el rey de Tezcucó, y en Iztapalapa le recibieron y obsequiaron el señor de aquel lugar y el de Colhuacan, deudos inmediatos del emperador. De allí salió Cortés para Méjico donde hizo su entrada el día 8 de noviembre de 1519, por entre una multitud de gente reunida en las calzadas y en canoas, llena de admiracion con la vista de los caballos, de la artillería, del armamento y trages de los soldados, los cuales por su parte veian con asombro y no sin susto, aquella gran ciudad en que por todas partes se echaba de ver un grado de civilizacion, al que no habian encontrado nada semejante en todo lo descubierto hasta entónces en América, y en la que podian ser prontamente destruidos por la facilidad de cortar las comunicaciones, alzando los muchos puentes construidos en las calzadas.

Cortés entró por la calle que ahora se llama del Rastro, y que por mucho tiempo tuvo el nombre de Iztapalapa. Moctezuma, con un acompañamiento numeroso, salió á recibirle desde su palacio, que es ahora el Palacio nacional, y segun una antigua tradicion conservada en el hospital de Jesus, el punto en que le encontró fué frente á éste, y por recuerdo del suceso se hizo la fundacion en aquel parage; pero esto no

está de acuerdo con lo que dice el P. Sahagun, que supone que el encuentro fué mas adelante, ni ménos con lo que asienta Bernal Diaz, que expresa fué fuera de la ciudad. Moctezuma saludó á Cortés con agasajo, felicitándole por su llegada, y recibió un collar de vidrios de colores que aquel le echó al cuello, á cuyo obsequio correspondió luego con otro de mayor valor y encargando á su hermano, el señor de Iztapalapa, que acompañase á Cortés, él mismo se adelantó á esperarle en el alojamiento que le tenia destinado, que era el palacio de su padre Axayacatl que estaba en la calle de Santa Teresa, y se extendía hasta la del Indio triste. Allí le recibió en el patio, y conduciéndole por la mano á un salon ricamente aderezado, le dijo: "Malinche, en vuestra casa estais vos y vuestros hermanos, descansad:" con esto se retiró, ofreciendo volver luego. En todo este recibimiento de Moctezuma á Cortés, se deja ver un aire de dignidad y grandeza tal, que en nada desdeciria del ceremonial de las cortes mas refinadas de nuestros tiempos.

Moctezuma volvió á visitar á Cortés despues de comer, y en la conversacion que con él tuvo, se manifestó muy superior á las preocupaciones de sus paisanos; se informó con cuidado del nombre y grado de los principales oficiales, y al despedirse hizo un regalo de ropas para todo el ejército, con cadenas y otros adornos de oro á Cortés. Los españoles celebraron aquella tarde su llegada con descargas de artillería, con asombro y terror de toda la ciudad, que por la

primera vez oía el estruendo de aquella arma, de cuyos estragos habian oido hablar con espanto.

Cortés pagó al dia siguiente la visita al emperador, y en ella, segun su costumbre, promovió desde luego la destruccion de la idolatría y el establecimiento del culto cristiano, así como tambien el reconocimiento del rey su señor, como descendiente de Quezalcoatli; pero encontró á Moctezuma poco dispuesto á dejar los dioses que estaba acostumbrado á venerar desde su infancia, y deseando Cortés ver el templo mayor y todas las curiosidades de la capital, se lo permitió dándole personas que le acompañasen é instruyesen.

El reconocimiento que Cortés hizo de toda la ciudad, y el golpe de vista que esta le presentó desde lo alto del templo mayor, le persuadió cada vez mas de cuán peligrosa era su situacion. Muy atrevida habia sido la resolucion de meterse con un corto número de españoles y algunos aliados, en medio de una ciudad populosa, á cien leguas de la costa, circundada por todas partes de pueblos que dependian de un príncipe, en quien no podia tener confianza alguna. Tanta temeridad no podia sostenerse sino á fuerza de nuevos golpes de audacia, y el que se resolvió á dar es de los mas pasmosos que la historia presenta. Seis dias despues de su entrada en Mégico llamó á consejo á los principales gefes del ejército y les expuso todos los peligros de su posicion: los unos opinaban por salirse secretamente de la ciudad; los otros por hacerlo con el beneplácito de Moctezuma: pero Cortés, para quien no eran las medias medidas, les propuso ir atre-